

FERMÍN JUANTO MANRIQUE

TRES ASPECTOS INTERNOS EN «SOMBRA DEL PARAÍSO»

Durante el verano de 1939 descansa Aleixandre en Miraflores de la Sierra. En momento de feliz inspiración escribe un largo poema, *Primavera en la Tierra*, que es canto gozoso de un mundo exuberante, en paisajes maravillosos a la orilla del mar:

*iluminasteis mi frente con los rayos vitales de un sol
que llenaba la tierra con sus vitales cánticos.*

*... pájaros de colores
con azules y rojas y verdes y amatistas,
coloreadas alas, con plumas como el beso,
saturaban la bóveda palpitante de dicha...*

*... los árboles saturados
... las aguas vivas
... la gran playa marina
... un rosa cándido*

Pero también lamento pesimista y violenta diatriba de acabamiento y muerte ante ciudades espectros y hombres máscaras de cuerpos cansados:

*Miro los cielos de plomo pesaroso
y diviso los hierros de las torres que elevaron los hombres
como espectros de todos los deseos efímeros.
Y miro las vagas telas que los hombres ofrecen,
máscaras que no lloran sobre las ciudades cansadas,
mientras siento lejana la música de los sueños
en que escapan las flautas de la primavera apagándose.*

Algo especial debió entrever Aleixandre al leer el poema, una vez terminado:

Dos aspectos: Uno —claridad y armonía— gozoso, transparente, vital. Otro —sombra y decepción— precaria vida humana. El hombre, dislocado de la Naturaleza, destruido.

Esta antitética visión debió afectar vivamente la fina sensibilidad de Aleixandre, invitándole a matizar su poema en una forma más completa, más acabada...

Y la atmósfera del poeta se fue ensanchando... Aparecieron otros poemas estremecedores, con delicada ternura o sobrecogedora fuerza; entre atractiva suavidad y tremenda desesperanza. Claro y colosal contraste paradisiáco.

Así nació *Sombra del Paraíso*. La colección de poemas quedó terminada en 1943. Editorial Adán lanzó su primera edición en 1944. Posteriormente se encargaron de sucesivas ediciones Editorial Losada (Buenos Aires) y Ediciones Insula (Madrid).

Siempre al amparo de dos aspectos contrastados: Anverso y reverso, luz y sombra, gozo y dolor, original inocencia y cansancio final de los seres, el libro presenta en lograda y aquilatada unidad la plenitud de la naturaleza y el hombre, dentro y a pesar de la polimorfía de tema y movimiento:

La total naturaleza, como un reflejo de la vida humana. Esta, como perfecto espejo de la vana naturaleza:

Un nacer, un pasar, un morir...

Algo jubiloso, impoluto, leve, inicia su trayectoria inocente. Pronto —espinas del camino— la fatiga, la desilusión... la muerte. Que así ha sido y será para el poeta.

He aquí, sentida por Aleixandre, una sinfónica visión de la vida y de sus temas más palpitantes —amor, muerte...— envolviendo un humano deseo de ansiada pureza, de elementalidad, de autenticidad. Todo ello en juvenil agilidad de forma y madura eficiencia de concepción. No creemos haya nada igual en la última lírica.

Veamos ya los tres aspectos internos que creemos más sugerentes porque estructuran la obra:

- 1.º El tema: La *luz* del paraíso.
- 2.º El antitema: La *sombra* del paraíso.
- 3.º El clima: La *angustia*.

I. LA LUZ

Luz de un paraíso soñado, entrevisto, en una infancia feliz. Visión anterior a toda experiencia de dolor y desengaño.

Ante el poeta, todo un magnífico panorama de seres sin mácula, en una aurora cósmica. Mecidos y arrullados por soplos de blancura e inocencia. Así los describe:

*Amanecisteis cada día, porque cada día la túnica
casi húmeda
se desgarraba virginalmente para amaros,
desnuda, pura, inviolada.*

.....

*Allí nacían cada mañana los pájaros
sorpresdentes, novísimos, vividores, celestes.
Las lenguas de la inocencia
no decían palabras:
entre las ranas de los altos álamos blancos
sonaban casi siempre vegetales, como el soplo
en las frondas.*

.....

*Por eso os amo, inocentes, amorosos seres mortales,
de un mundo virginal que diariamente se repetía
cuando la vida sonaba en las gargantas felices
de las aves, los ríos, los aires y los hombres.*

Ni ruidos. En apacible armonía, los seres virginales viven, en su aurora, una felicidad elemental, primaria,

*... entre la suavidad de las laderas,
donde la yerba apacible ha recibido eternamente
el beso instantáneo de la luna.*

Allí:

*la luz diamantina se repetía...
bajo el mágico soplo de la luz
donde el placer no tomaba el temeroso nombre de placer...*

Y así por todo el libro. Siempre incorpóreos seres. Prístinos, pero humanos aunque envueltos en luz celeste. Inasibles, a pesar de humanos. Piedra en realidad de carne...

Serán montañas; pero "dulces montañas que reposan". Serán aguas; pero "espumas de amor en los cuerpos". Y "risas frescas" llegarán además de unos bosques "ya mágicos":

*Las grandes rocas, casi de piedra o carne,
se amontonaban sobre dulces montañas,
que reposaban cálidas sobre cuerpos cansados
de gozar una hermosa sensualidad luciente.
Las aguas vivas, espumas del amor en los cuerpos,
huían, se atrevían, se rozaban, cantaban.
Risas frescas los bosques enviaban ya mágicos:
Atravesados solo de un atrevido viento.*

("Primavera en la tierra")

Hasta en los menores motivos. Como al hablarnos de la bella muchacha:

Apenas río, apenas labio, apenas seda azul eres tú...
("Cuerpo de amor")

O de un pie en la arena movediza de la playa, que ha dejado su "huella desnuda, intacta", de la que yergue invisible. ausente, pero "irrenunciable estatua":

*Donde se yergue entera
la irrenunciable estatua.*
("El pie en la arena")

Y ramas, luces, espumas, pájaros, montes, ríos, mares... forman marco casi vegetal para la viva naturaleza, casi etérea, de los seres.

El poeta, en el éxtasis de la contemplación, dará a este mundo edénico un lúcido destino amoroso, porque toda su obra reside en el amor, como nos dirá más tarde en *Poesía y comunicación*.

Y este amor llenará toda la Naturaleza: luces, ríos, aves, montes, selvas, elementos todos, en los que se confundirá el poeta con desbordamiento sensorial, porque —por ahora— será dionisiaco:

*Mirar tu cuerpo sin más luz que la tuya,
que esa cercana música que concierta a las aves,
a las aguas, al bosque, a ese ligado latido
de este mundo absoluto que siento ahora en los labios.
... ..
Frio y fuego de amor que en mis labios salpica.*
("Cuerpo de amor")

Amor dionisíaco, del que dudaremos sólo un instante, cuando se pregunte:

*Pero besarte, niña mía, ¿es muerte?
¿Es sólo muerte tu mirada? ¿Es ángel,
o es una espada larga que me clava
contra los cielos, mientras fuljo sangres
y acabo en luz, en titilante estrella?*

("Ultimo amor")

Pero que sólo habrá sido ráfaga de indecisión cuando surja —pronto— el "carpe diem":

*¡Pero no importa! Gire el mundo y dame,
dame tu amor y muera yo en la ciencia
fútil, mientras besándote rodamos
por el espacio y una estrella se alza.*

("Ultimo amor")

Llegarán momentos en los que la visión cesará; pero, entonces, la nítida claridad del Edén será suficiente para que el poeta condense un nuevo mundo de imágenes en simbolizaciones que escapen a toda lógica y reflejado en aquel prístino sentir.

Tal diáfana evocación le exigirá una expresividad nueva, un idioma poético nuevo, en el que las imágenes, símbolos o recursos expresivos saldrán del estrecho cauce por donde venían, para llegar a giros, metáforas y comparaciones inusitadas:

*Bajo el azul naciente
entre las luces nuevas, entre los puros céfiros primeros
que vencían a fuerza de candor a la noche,
amanecisteis cada día, porque cada día la túnica casi húmeda
se desgarraba virginalmente para amarnos, desnuda, pura, inviolada.
Aparecisteis entre la suavidad de las laderas
donde la yerba apacible ha recibido eternamente
el beso instantáneo de la luna.
Ojo dulce, mirada repentina para un mundo estremecido,
que se tiende inefable más allá de su misma apariencia.*

("Criaturas en la aurora")

Para gozar de esas formas puras —poéticamente— nos ha llevado Aleixandre a la infancia del mundo, al Paraíso, en donde toda imperfección está cuidadosamente eliminada y las criaturas se suceden claras, marmóreas, perfectas, a plena luz... como estatuas del más puro clasicismo.

Hemos dicho *clasicismo* y lo repetimos, porque aquel dinámico Aleixandre de *La destrucción o el amor* se nos ofrece hoy —y no es conjetura— sumido en serena sofrosine clasicista:

Aquella enconada agitación romántica ha dado paso a estática quietud embelesadora. La luz, ya no hiere. Los ósculos, ya no estallan destructores. En el espacio virgen, un candor de alba. Cerca, el mar como latido del

Corazón de un dios sin muerte.

Los seres, inocentes, se amarán, felices,

serenamente sobre la hierba noble

en un mundo de límpido origen y bañado de

quietísimo éxtasis

en donde el ser edénico

luminoso, juvenil, perennal

verá a su amada, virgen intacta,

casi divina

y en expresividad plástica de puro clasicismo:

*Dormida sobre el tigre
su leve trenza yace.*

... ..

*Miradla allí. ¡Cuán sola!
¡Cuán intacta! ¿Tangible?
Casi divina, leve.*

... ..

*Sobre la piel hoy ígnea
miradla exenta. Es diosa.*

("Diosa")

Serenidad clásica que dará a Aleixandre frecuentes motivos esculturales. La Victoria de Samotracia avanzará, por ejemplo, en la proa de la trirreme:

*¿Un bulto misterioso, un ropaje estrellado
que rebasadamente revuela, cruje, azota
los siderales vientos azules, empapados?*

("Los dormidos")

a la que el poeta, ebrio de luz, pedirá movimiento, como otrora Miguel Angel el habla a su Moisés:

Adelanta tu planta donde el desnudo muslo, todo luz, me deslumbra.

No obstante esa luz cegadora de seres y naturaleza toda en alborada, asaltarán también al poeta temores de soledad y sumirán la obra en un tono sombrío, antitemático, que ya hemos contrastado y que vamos a analizar:

II. LA SOMBRA

Aquella luz cenital, de mediodía, se ha ido oscureciendo por las nieblas del dolor, de la soledad, que surgen en el centro mismo del goce amoroso. Soledad que el poeta teme y prevé:

*¡Qué sabor a tristeza, qué presagio
infinito de soledad! Lo sé: algún día
estaré solo.*

("Último amor")

que pretende olvidar:

*Olvida esa futura soledad, muerte sola
cuando una mano divina cubra con nube gris el mundo nuevo.*

y que también rechaza violentamente, como rechazamos las aves nocturnas que nos rozan en la oscuridad:

*Lejos ya la agonía, la soledad gimiente,
las torpes aves bajas que gravemente rozaron
mi frente en los oscuros días del dolor.*

("Plenitud del amor")

Pero donde nos encontramos más lejos de aquel Paraíso de delicias sustanciales y sensoriales de *Criaturas en la aurora*, es en otro poema, *Destino trágico*. Aquí el reverso: Paraíso alejado, huido, en penumbra. Paraíso perdido, Paraíso imposible. Nostálgico para el corazón. "Vacío desolador", sólo recuerdo: "Visteis, escuchasteis, gozasteis, adorasteis..."; aunque todavía poblado de:

*Duros mástiles altos.
árboles infinitos
... poblados de unos pájaros
de espumosa blancura.
... trinos de unas gargantas dulces.
... ..
tibia tersura de una piel aplacada.*

("Destino trágico")

La ausencia de aquella mañana inicial va acentuando el vacío, la negrura, el dolor. Se yergue ya la imagen de la destrucción, de la muerte; temas tan alexandrinos. Comienza a pesar el plomo de los siglos, la negación y el cansancio de aquel Paraíso...

Y vemos, en los últimos versos, al ser humano —derrotista— sumer-

giéndose en el seno de la naturaleza inerte, buscando solución total a su nostalgia de Paraíso:

*Yo os vi agitar los brazos. Un viento huracanado
movió vuestros vestidos iluminados por el poniente trágico.
Vi vuestra cabellera alzarse traspasada de luces
y desde lo alto de una roca instantánea
presencí vuestro cuerpo hendir los aires
y caer espumante en los senos del agua;
vi dos brazos largos surgir en la negra presencia
y vi vuestra blancura, oí el último grito,
cubierto rápidamente por los trinos alegres
de los ruiseñores del fondo.*

Ruiseñores del fondo, que entonan triunfales trinos ante la gloria suicida del ser, que —vencido— desaparece en la naturaleza unitaria del mar que habitan.

O todo o nada. No pudiendo volver a aquel edén, sólo atrae el propio aniquilamiento para perderse en la nada absoluta; porque, lejos del Paraíso, aún los seres que parecen irradiar una dicha total y permanente llevan en sí mensaje de desengaño.

*La luz, la hermosa luz del sol,
cruel envío de un imposible,
dorado anuncio de un fuego hurtado al hombre.*
(“Hijo del sol”)

O sombras que acentúan la añoranza:

*Pero el sol reparte sus dones,
da solo sombras,
sombras, espaldas de una luz engañosa,
sombras frías, dolientes muros.*
(“Hijo del sol”)

La larga herida abierta por la soledad y el contraste dará a *Sombra del Paraíso* una oscilante tensión aérea, fiel muestra de la tierra como sombra de una felicidad huida.

En el poema *La verdad* hallamos la más justa interpretación de ese ambiente suspenso:

Cuanto nos rodea es inexacto. Lejana copia o falsa piedra de una realidad entrevista. Los pájaros, no son pájaros. Sólo “memoria de pájaros”. El amor, “ceniza”:

*Pájaros no: memoria de pájaros. Sois eco,
sólo eco, pluma vil, turbia escoria, muerta materia sorda,*

*aquí en mis manos. Besar una ceniza
no es besar el amor...*

("La verdad")

Ya no se puede ahogar lo que entristece el corazón, lo turbio —espinas, humo, amor sin destino...— ni con una entrega súbita a la felicidad breve actual:

*Cuando yo había visto bogar por los cielos
imágenes sonrientes, dulces corazones cansados,
espinas que atravesaban bellos labios
y humo casi doliente
donde palabras amantes se deshacían como el aliento
del amor sin destino...*

("Plenitud del amor")

*Heme aquí, frente a ti, mar todavía...
con el polvo de la tierra en mis hombros,
impregnado todavía del efímero deseo apagado del hombre.*

("Mar del Paraíso")

Cansancio, hastío, desesperanza... todo esto da de sí la sombra de esa nostalgia que gravita, permanente. Como insistentes olas de un mar —cerrado, oscuro— que nunca se acaba, hasta los cuerpos van rodando, sombríos, miguelangescos, en *Destino en la carne*:

*Cuerpos humanos, rocas cansadas, grises bultos
que a la orilla del mar, conciencia siempre
tenéis de que la vida no acaba, no, heredándose.
..... siempre rodados
desde allá, de un océano sin origen que envía
ondas, ondas, espumas, cuerpos cansados, bordes
de un mar que no se acaba y que siempre jadea en sus orillas*

Aunque, en el fondo del poema, una ilusión, un esquiife de luz aparezca:

*... con quilla de acero rasgue, sesgue,
abra sangre de luz y raudo escape
hacia el hondo horizonte, hacia el origen
último de la vida, al confín del océano eterno
que humanos desparrama
sus grises cuerpos. Hacia la luz, hacia esa escala ascendente de brillos
que de un pecho benigno hacia una boca sube,
hacia unos ojos grandes, totales, que contemplan,
hacia unas manos mudas, finitas, que aprisionan,
donde cansados siempre, vitales, aun nacemos.*

("Destino de la carne")

Y nadie nos impida beber

..... *la rota pasión de un mediodía*
que en el cenit revienta sus luces.

(“La verdad”)

Porque a estas alturas de sequedad y nostalgia, de la alborada edénica, de la música exquisita de Alexandre sólo nos quedará un extremecimiento: Ni el canto de los pájaros, ni el bullir de la inquieta corriente, ni el sonar de las hojas nos dirán nada:

El lejano horizonte...
envía su vacío resonancia de un cielo
donde la luna anuncia su nada ensordecida.

Atrás quedan ya los felices días de sensorial vivencia:

pero lejos están los remotos días
en que el amor se confundía con la pujanza
de la naturaleza radiante
y en que un mediodía feliz y poderoso
hinchía un pecho con un mundo a sus plantas.
(“Poderío en la noche”)

El material poético del libro se ha ido desenvolviendo en el contraste de un anverso —mundo maravilloso, auroral, cambiante— y un reverso —ausencia, crepúsculo, muerte—. Todo ello ha dado de sí una resultante climática de angustia, muy alexandrina por lo menos hasta la llegada de *Historia del corazón*. Analicemos esa angustia, diluida persistentemente como nota oscura a ese anhelo de felicidad, a través de casi todos los poemas:

III. LA ANGUSTIA

Suavemente, nuestro poeta va dejando esparcidos versos pesarosos, casi trágicos, de los que afluye el miedo —¿deseo?— a la muerte, el dolor de no poder lograr felicidad plena, una angustia nacida de ansias insatisfechas de Paraíso...

Alejado de una meta, anhelada por entrevista, preguntada en imagen, el poeta siente sed inacabable de goces, satisfacciones que calmen la lejanía y sustituyan la privación. Vano intento. El desaliento y desencanto no se hacen esperar. De ahí un vacío, que aterra a veces.

En ciertos poemas —*La luna del Paraíso*, *Sierpe de amor*, *Plenitud*— se lanza con frenesí en busca de la dicha; pero sólo encuentra el zarpazo

del dolor y desengaño. Allí mismo brota la amargura. A veces con gritos desgarradores del eterno insatisfecho o con el melancólico pretérito de:

Volaban, convocaban, musitaban, querían...

("Luna del Paraíso")

Una gota caliente de sangre en el labio de la "sierpe de amor" bastará para contentarle y aplacar "la dura sed de tus brillos gloriosos":

*Si pico aquí, si hiendo mi deseo, si en tus labios
penetro, una gota caliente
brotará en su tersura, y mi sangre agolpada en mi boca
querrá beber, brillar de rubí duro,
bañada en ti, sangre hermosísima, sangre de flor turgente,
fuego que me consume centelleante y me aplaca
la dura sed de tus brillos gloriosos.*

("Sierpe de amor")

Por todo el libro hallaremos desparramados hitos, angustias, ansias insatisfechas, ayes que reflejan el cansancio del poeta en un mundo esquivo. Nada extraño, por ello, que el alma del poeta ni se impregne ya de cenital alegría ni de radiante gozo interior. Ante el amor último, el "grito final", el "nunca" o el "te destruyes":

*... y si te miro veo la luz, la luz última
sin sangre extinguirse en un gran grito final contra mis ojos, ciega.*

("Plenitud del amor")

*... y un tigre
soberbio la sostiene
como la mar hircana,
donde flotase extensa,
feliz, nunca ofrecida.*

*¡Oh, mortales! No, nunca,
... nunca vuestra.*

("Diosa")

*¡Bebed, bebed la rota pasión de un mediodía
que en el cenit revienta sus luces y os abraza
volcadamente entero, y os funde. Muerte hermosa, vital
ascua del día. Selva virgen que en llamas te destruyes!*

("La verdad")

Unas veces, sólo a lo lejos ve la felicidad. Sin retorno. Ida:

... lejos están los remotos días

*en que el amor se confundía con la pujanza
de la naturaleza radiante...*

(“Poderío de la noche”)

Otras, húmeda niebla se cierne sobre aquella aurora pretendida, como baño de soledad y desilusión para el alma:

*Pero es más triste todavía, mucho más triste,
triste como la rama que deja caer su fruto para nadie,
más triste, más. Como ese vaho
que de la tierra exhala la pulpa muerta.
Como esa mano que del cuerpo rendido
se eleva y quiere solamente acariciar las luces...*

(“El cuerpo y el alma”)

Y el hombre es huérfano. La inmensidad del mundo le es ajena. Lejos de su acontecer humano:

*Yo sé cuán vasta soledad en las playas.
qué vacía presencia de un cielo aún no estrellado,
vela cóncavamente sobre el titánico esfuerzo,
sobre la estéril lucha de la espuma y la sombra.
El lejano horizonte, tan infinitamente solo
como un hombre en la muerte
envía su vacío, resonancia de un cielo
donde la luna acaricia su nada ensordecida.*

(“Poderío de la noche”)

Pero hay un poema donde la total pesadumbre se acentúa. Nos referimos a *Destino en la carne*, pieza agónica, como dice Bousoño. Parece como si las raíces del desengaño, en nuestra literatura, hubieran llegado a Aleixandre como tentáculos agarrotadores. Con una agravante: En aquellos siglos, la angustia del valle de lágrimas quedaba vencida por firme esperanza de finalidad ultraterrena —Noche oscura, El buscón...—. El dolor era como una espera de remedio trascendente. Sin embargo, para Aleixandre —como antes para Bécquer, Darío, Unamuno, Machado— pesa la incógnita del existir y el morir. Para él, el continuo repetirse de generaciones es, concretamente, problema de solución flotante. Los hombres —cuerpos— pasan ante él como olas, ráfagas..., dejando una pregunta en el viento:

*Por todas partes veo cuerpos desnudos, fieles
al cansancio del mundo. Carne fugaz que acaso
nació para ser chispa de luz, para abrasarse
de amor y ser la nada sin memoria...*

*¡Cuerpos que mañana repetidos, infinitos, rodáis
como una espuma lenta, desengañada, siempre.
Siempre carne del hombre, sin luz!*

*Todos multiplicados, repetidos, sucesivos, amontonáis la carne,
la vida, sin esperanza, monótonamente iguales bajo los cielos hosc...*

(“Destino de la carne”)

Imposible llenar el hueco que deja la insatisfacción de los seres. “No basta, no, no basta.” Ni la luz del sol, ni el misterio de una mirada, ni el rumoroso fuego de los bosques, ni la alegría de aquellos días borrarán el rictus de tristeza en su frente, la huella de angustia en su corazón:

*Pero no basta, no, no basta
la luz del sol ni su cálido aliento.
No basta el misterio oscuro de una mirada.
Apenas bastó un día el rumoroso fuego de los bosques.
Supe del mar. Pero tampoco basta.*

*En medio de la vida, al filo de las mismas estrellas,
mordientes, siempre dulces en sus bordes inquietos,
sentí iluminarse mi frente.*

*No era tristeza, no. Triste es el mundo:
pero la inmensa alegría invasora del universo
reinó también en los pálidos días.*

(“No basta”)

En este mundo en sombra nada calma ni alienta. Por ello, preso de desesperación y abandono, el hombre —solo, huérfano— se deja caer en el seno de la naturaleza, que, tiernamente —madre, al fin— le recibe:

*Sobre la tierra mi bulto cayó. Los cielos eran
sólo conciencia mía, soledad absoluta.
Un vacío de Dios sentí sobre mi carne,
y sin mirar hacia arriba, hundi mi frente en la arena
y besé sólo a la tierra, allá oscura, sola,
desesperada tierra que me acogía.*

*Allí sollocé sobre el mundo.
¿Qué luz vívida, qué espectral vacío velador,
qué ausencia de Dios sobre mi cabeza derribada
vigilaba sin límites mi cuerpo convulso?*

*¡Oh madre, madre, sólo en tus brazos siento
mi miseria! Sólo en tu seno martirizado por mi llanto
rindo mi bulto, sólo en ti me deshago.*

(“No basta”)